

TOMO II.
PENSAMIENTO XIV.



Ixe en mi Discurso antecedente de que modo la ignorancia es causa de la *Detraccion*, y de la *Maledicencia*. Falta explicar cómo contribuyen à las mismas las falsas idèas que tenemos en orden à los vicios, ò por mejor decir, la falta de idèas, relativas à ellos.

Nosotros, à diferencia de todos los demàs entes animados, tenemos dos especies de existencia. La una *Physica*, que consiste en la conservacion de la vida, de que nos dotò el Criador; y la otra *Moral*; esto es, aquella buena opinion, que nos han adquirido para con los hombres la probidad, y demàs virtudes, que nos han visto practicar, ò que deben suponernos, quando nuestra conducta no ha dado pruebas de lo contrario.

El derecho , que tenemos à mantener , ò conservar ambas existencias , es incontestable. Tiene su origen en la misma naturaleza ; y esta reclama , aun en las Naciones mas barbaras , las reglas generales , que ha establecido para la comun conservacion.

El homicidio , y el robo , vicios contra la *existencia Physica*, en quanto el uno priva directamente de la vida natural , y el otro de los medios de conservarla , estàn reconocidos , y detestados como tales , y las leyes han impuesto penas severas contra los transgressores ; pero no sucede así con la destraccion , y la maledicencia , vicios diametralmente opuestos à la existencia Moral. Bien , que las leyes divinas nos hayan impuesto la pena mas severa por esta transgression , y que las civiles no hayan olvidado pre-

precaer de este azote à los Ciudadanos; la costumbre, y ninguna reflexion han borrado en nosotros la imagen de la malignidad de estos vicios, y el delito, de que nos hacemos reos en su práctica. Así, al passo que vemos pocos hombres, que dejen de mirar con horror el robo, y el homicidio, porque generalmente todos tienen ideas bastante justas de su malignidad, encontramos innumerables personas de todos sexos, profesiones, y edades, que se entregan al vicio de la maledicencia, por no tener ideas, ni aun remotas, de su perversidad.

Raro será el hombre, que deje de horrorizarse al ver cometer un homicidio, y que no mire con indignacion la fealdad del hurto: pero son muchísimos los que se complacen en ver destrozarse la fama, y

estimacion del proximo. Oímos hablar de una muerte violenta , y apenas hallamos suplicio suficiente para castigar el delito del agresor. Trátase de un ladron, y en el instante se nos representa cubierto de infamia, è indigno de comparecer entre los demás hombres. Todo esto es muy justo. Nuestra existencia Physica està aventurada entre tales monstruos , y estas impresiones son consequentes al natural deseo de nuestra conservacion. Pero si la existencia Physica nos merece tanto cuidado: si miramos con tanto zelo el derecho , que tenemos à ella, ¿por què tratamos con abandono el que tenemos à la existencia Moral? Sea preocupacion , ò razon , esta nos es mas estimable , sin comparacion , que aquella , y apenas se encontrará hombre , que puesto en la precision de elegir entre conservar

var

var la vida con deshonor , ò terminarla con gloria , no prefiera una muerte honrosa à una vida infame. ¿ Por què , pues , (vuelvo à decir) la miramos , no solo con indiferencia , sino tambien sin formar el menor escrupulo de esta depravacion ? Yo no encuentro , ni créo que haya otra razon , que la de no tener idèas justas del mal. La maledicencia priva à los hombres de su existencia Moral ; y aun quando no trajesse muchas consecuencias perniciosas à la vida natural , serìa siempre un daño irreparable. Por mas esfuerzos , por mas reparaciones , que se hagan , si tal vez se cura la llaga , la cicatrìz queda para siempre. El *calumniare semper aliquid hæret* lo vémos verificado à cada instante. El veneno puede no hacer el ultimo estrago en una constitucion robusta ; pero la estraga , y

débilita. Del mismo modo los tñros de la maledicencia, bien que no logren alguna vez producir todo el efecto, que debian, debilitan la opinion, la hacen sospechosa, y dejan una mancha, que suele durar lo que la vida.

Sin embargo, vemos à cada passo innumerables personas, y entre ellas algunas de las que pasan por timoratas, dedicadas à denigrar la opinion del proximo; pero con una serenidad de animo, y una tranquilidad de espiritu, que no pueden dejar de admirar à qualquiera que los mire con reflexion. Incapaces de hacer mal à otros vivos, se ensangrientan en el hombre, y parece que sus lenguas han declarado la guerra al Genero Humano. Nada hay seguro de su maledicencia. Afsi las assemblèas parecen mas bien juntas de lobos car-

ni-

(7)

niceros , ò de tygres furiosos , que de hombres civilizados. Y todo esto , hablando generalmente , no tiene otro origen , que la ignorancia , y la falta de reflexion. La embidia , el deseo de perder à un concurrente , y el maligno gozo , que tenemos en oír , ò referir los defectos agenos , entran tambien à la parte ; pero con menos frecuencia. Por esto vémos mucho mayor numero de detractores , que de maldicientes. Si se tuviesen idèas justas del daño , que un gesto , ò una palabra pueden causar en la fama del proximo , y de las consequencias que trahen , no solo à su existencia Moral , sino tambien à la Phýtica , la mayor parte de los hombres moderarian sus acciones , y velarian sobre sus discursos. Pero esto de obcurecer la opinion , denigrar la fama , y en

una palabra, despojar à los hombres del concepto de honrados, à que tienen tan sólido derecho, y ponerlos, en quanto està de nuestra parte, al nivèl de los sujetos mas infames, exponiendolos à la burla, y al desprecio, y procurando cerrarles todo asylo, y privarlos de la proteccion, en que quizà consiste su fortuna: todo esto digo, y otro sin numero de daños, que ocasiona una lengua maldiciente, se practica con la mayor satisfaccion, y serenidad del Mundo, porque no reflexionamos sus consecuencias. A no ser asy, veriamos una contradiccion inexplicable en los hombres. Hallariamos, que los mismos, que miran con horror el homicidio, se complacian en el asfessinato alevoso; y vendria à ser lo mismo, que tener lastima de cortar à uno el extremo de la nariz, y no tener-

nera para cortarle la cabeza.

Finalmente , afsi como nadie puede disputarnos la accion , que tenemos à conſervar nuestra vida natural , y moral , afsi tambien no créo , que haya alguno , que deje de conocer con ſolo lo expueſto en eſte Diſcurso , y el antecedente , que el enorme abuſo de maldecir , tan eſtendido , y arraygado entre noſotros , tiene por cauſas peculiares en el país , la ignorancia , y la falta de idèas en orden à la malignidad , y pernicioſos eſectos de eſte vicio. Por lo miſmo , ſin detenerme mas en ſus cauſas , paſſarè à decir algo ſobre la maledicencia , y la detraccion , conſiderandolas como una miſma eſpecie , en quanto ambas dirigen ſus tiros al honor , y fama de los hombres.

Hay muchas eſpecies de maldicientes ; pero todas créo pueden

reducirse à tres classes. La primera compuesta de hombres osados, maldicientes de profesion , que hacen gala de la maledicencia , y procuran dominar , y avasalliar à todos con el terror , que infunden los golpes de sus lenguas. Estos son como una tropa de furiosos , que animados unos contra otros , se atacan , y se despedazan , haciendo de los Pueblos un Càmpo de Batalla cubierto de cadaveres. La segunda de hombres simulados , que con un ayre de imparcialidad , y de amor à la verdad , lejos de ser menos perniciosos , destrozan con golpes mas seguros , y hacen gemir à la humanidad bajo los filos de sus armas alevosas , cubiertas de un exterior dulce , y afable. Y la tercera de personas hypocritas , que levantando los ojos al Cielo , y ostentando un espìritu de caridad , infaman , y des-

pe-

pegazan al proximo con una negligencia estudiada , y una devocion escandalosa.

La primera de estas classes es la menos perjudicial , y por consiguiente la menos temible. El maldiciente de profesion , à fuerza de querer herir à todos , à nadie hiera. Las gentes conocen el humor maligno que lo domina : lo alhagan , y acarician por temor de su lengua ; y vienen à ser como los salvages idólatras , que conociendo en el diablo un espiritu malhechor , sin embargo lo festejan para que no les haga daño. Por lo demás , estos miserables maldicientes pueden muy bien agitarse , hacer gestos , y contorsiones , inventar frases , dár voces , amontonar calumnias , y hacer juramentos para que los crean : todos sus esfuerzos regularmente son vanos , y el Mundo es bastante

cuerdo para conocer que es depravado el hombre, en cuyo concepto nadie es bueno.

La segunda classe es mucho mas dañosa à la humanidad. En efecto, un hombre, en cuyo semblante se vè cierta especie de candor, y que tratandose de algun sugeto, empieza su discurso por elogiarlo, parece distante de querer maltratarle; y lejos de dár indicios de ser su enemigo, hace alarde de su amistad. Con esta máscara se empieza à derramar la ponzoña, tanto mas mortal, quanto el maldiciente sabe fingir mejor su cariño, y su lastima. Ordinariamente entablan estos su maledicencia, alabando alguna pequeña virtud, ò propiedad del sugeto, à quien quieren hacer el tiro, para atribuirle despues vicios capitales. Dicen de uno, que tiene lindos ojos, para suponer-

nerle un corazón perverso : que es muy asistente en el Templo , para tratarlo de hypocrita ; y que es muy habil , para añadir , que es un talento mal empleado , y que fuera mejor tuviese menos habilidad , y mas honor , y juicio. Finalmente , saben alabar del mismo modo , que el maldiciente de la sátira IX. de Boileau:

*C'est un homme d'honneur , de piété profonde,
Et qui veut rendre à Dieu , ce qu'il à pris au monde.*

Este es un hombre honrado , piadoso , y justo , pues à Dios restituye lo que hurtò al mundo.

Bien pudiera citar millares de exemplares , en que con estas , ò semejantes salvas , he visto derramar este veneno sobre la fama de personas virtuosas ; pero tengolo por

in.

inutil, y fastidioso, y mucho mas, siendo tan facil el encontrarlos cada dia, y casi à cada instante, à qualquiera que se dedique à estar en observacion. Sin embargo, pondrè aqui parte de una conversacion, que oì dias passados, y me diò motivo para escribir este Pensamiento. Passó entre una Dama, y un Caballero, que sentados al lado de un estrado, y viendome no lejos de alli, solo, y cabizbajo, creyeron que los Pensadores no tienen oídos, ò que son hombres sin consecuencia.

„ D. Cierto que es compasión
„ vèr un hombre tan habil, y que
„ se haya abandonado tanto, que
„ es el desprecio de las gentes. Yo
„ lo quiero como si fuera mi hijo:
„ hace muchos años que lo trato;
„ y aunque muy distante, no de-
„ mos de tener algun parentesco.
„ Le

„ Le he predicado mil veces: y à se
 „ vè, como quien no desea sino su
 „ bien; però inutilmente. Estos vi-
 „ cios, que..... — C. Pues, Seño-
 „ ra, tambien há algun tiempo que
 „ yo le trato, y no le he conocido
 „ vicio alguno. Nos vemos con
 „ frecuencia, y no he advertido
 „ cosa reprehensible en su conduc-
 „ ta; antes bien me parece un hom-
 „ bre muy bien educado, modesto,
 „ y juicioso. — ¡ Oh! En quanto à
 „ educacion, y saber tratar à las
 „ gentes con toda la civilidad, y
 „ decoro, que à cada uno corres-
 „ ponde, venga el que viniere; y
 „ à mas de esto, tiene otras habili-
 „ dades muy estimables, y dignas
 „ de un hombre de su nacimiento,
 „ que tampoco se le puede dispu-
 „ tar, pues nadie ignora que es de
 „ familia muy ilustre. De la Musi-
 „ ca sabe mucho mas de lo que
 „ „ COR-

„ corresponde à un aficionado. Bay-
 „ la con mucha gracia. Dicen los
 „ que lo han visto , que en el ma-
 „ nejo de un Caballo hay pocos
 „ que le iguallen ; y tiene buenos
 „ principios de Mathematicas. Pero
 „ todo esto es inutil, y èl ha ha-
 „ llado el modo de obscurecer las
 „ prendas, de que està adornado,
 „ entregandose à tantos vicios , y
 „ haciendo una vida tan licenciosa,
 „ que es el escandalo de la Corte. —
 „ Señora , Vm. me confunde, y para
 „ mì es tan nuevo lo que oygo, que
 „ me hace dudar si sueño , ò estoy
 „ despierto. — Vaya. ¿ De què sirve
 „ el disimulo ? Conmigo no hay
 „ necesidad de fingir ; ni tampoco
 „ me explicaria yo de este modo,
 „ à no estàr persuadida de la con-
 „ fianza que Vm. merece. — En
 „ esto no hay ficcion. Digo con
 „ toda la ingenuidad imaginable lo
 „ que

„ que fiento ; y bien podrá ser,
 „ aunque lo dudo , que esse Caba-
 „ llero tenga algunos vicios ; pero
 „ para mi están tan ocultos , que
 „ hasta ahora ninguno le he cono-
 „ cido. — Ojalà no los tuviese : Yo
 „ daría algo de bueno en albricias.
 „ Lo estimo demasiado para no de-
 „ fear que fuese así. Pero dígame
 „ Vm. ¿ No es vicio passar toda su
 „ vida en las casas de juego ? ¿ No
 „ es vicio disipar su hacienda , y
 „ tener à su muger , y hijos sumer-
 „ gidos en la miseria ? — ¡ En la mi-
 „ seria ! Me he de bolver loco. Yo
 „ conozco à sus hijos, y muger , y sè
 „ que se mantienen con mucha de-
 „ cencia. — Vm. sabe todo lo que
 „ es necesario para estar en per-
 „ petua contradiccion , y decir que
 „ es negro lo que yo llamo blanco.
 „ Si Señor : en la miseria , yà que
 „ Vm. me lo hace repetir. Sus hijos
 „ es-

„ estarían desnudos , si no huviesse
 „ una buena alma , que Vm. co-
 „ noce , la qual se ha dedicado á
 „ vestirlos. La decencia , con que se
 „ trata su muger , es assunto de otra
 „ naturaleza. No digo yo , (ni Dios
 „ lo quiera , ni pèrmita) que en es-
 „ to haya cosa mala. Yo la tengo
 „ por muger de juicio , y virtuosa ;
 „ pero lo cierto es , que su marido
 „ no la dá cosa alguna : que ella
 „ no tiene renta para su adorno ; y
 „ que sin embargo no hay moda,
 „ que se le escape , y en que no sea
 „ de las primeras á dár el exemplo
 „ con profusion. Cómo se hacen
 „ estos milagros , esso es lo que yo
 „ no entiendo , ni quiero entender,
 „ Y no porque ignoremos lo que
 „ passa ; pero hay cosas , que son
 „ mejores para calladas. La tal Se-
 „ ñora mia sabe muy bien que yo
 „ estoy enterada de todo el myf-
 „ te-

„ terio : que sè que tiene mas de
 „ sesenta batas , todas muy lindas,
 „ y costosas ; y que no se me ocul-
 „ ta de dónde , cómo , y por qué
 „ han venido. Pero dejemos esto.
 „ Ni quiero ofenderla , ni que Vm.
 „ se escandalice. — Cierta , Seño-
 „ ra , que á no ser Vm. quien lo di-
 „ ce , tendria por supuesto quanto
 „ acabo de oír. — Pues no lo ten-
 „ ga Vm. sino por muy seguro. —
 „ Yo vèò esse Caballero muy intro-
 „ ducido , y que las gentes mas dis-
 „ tinguidas estiman su amistad ; y
 „ cierto que empiezo á compade-
 „ cerme de vèr mal empleadas tan
 „ lindas luces. — Mas se compa-
 „ deceria Vm. si supiesse otras co-
 „ sas , que dejo en silencio. Pero
 „ en fin , somos Christianos , y no
 „ debemos descubrir los defectos
 „ del proximo.

No pude sufrir mas una con-
 ver-

versacion tan depravada. Retireme luego, por no oír la inteligencia, que daba esta alma baja á los principios, y maximas de su Religión; pero no dudo, que, prosiguiendo con el mismo espíritu de caridad, añadiría la tal Señora quantos horrores ocurriessen á su malignidad, y que el Caballero, que yá empezaba á ceder, los creería con una buena fé, llena de estupidez, y de ignorancia.

La tercera classe es la mas dañosa, y detestable de todas. Una persona tenida por virtuosa, se mira como exempta de toda parcialidad, de rencor, y de embidia; y esta buena opinion, que sabe adquirirse para con las gentes, dá á sus discursos cierta fuerza, y ayre de verdad, que nada puede contrarrestar. Esta casta de hypocritas se forma una religion maquinal, y una

ca-

caridad á su modo. Ellos no conocen aquella, que es humilde, ofensiva, y compasiva. No aquella, que interiormente siente el mal, y se alegra del bien; sino una fantasma de caridad, que desea el mal para criticarlo, y que examina las vidas de los hombres para hacer públicos sus defectos.

Vè aqui el idioma, en que ordinariamente se explican estas Furias.

„ Señores, dejemos de maldecir.
 „ ¿ Hay vicio mas abominable, mas
 „ indigno del corazon de un Chris-
 „ tiano, que la maledicencia? ¿Dón-
 „ de irá á residir la caridad, esta vir-
 „ tud suprema, que hace de to-
 „ dos los hombres un pueblo de
 „ hermanos, si nosotros no le da-
 „ mos posada en nuestros corazo-
 „ nes? Que ella se alvergue en nues-
 „ tras almas. Los hombres son dé-
 „ biles, y defectuosos; pero la cari-
 „ dad

,, dad es habil , y discreta. Cubra
 ,, mos las imperfecciones de la hu-
 ,, manidad con un velo de amor ; y
 ,, lejos de fatigarnos en descubrir-
 ,, las , bolvamos à otro lado nues-
 ,, tros ojos. Hagamos en nosotros
 ,, el examen , y aprendamos en nues-
 ,, tra propia flaqueza à compade-
 ,, cer la agena. El espíritu de ma-
 ,, ledicencia es el que divide las fa-
 ,, milias : por èl se ven dispersas las
 ,, compañías , trastornado el orden
 ,, público , violadas las leyes , y ro-
 ,, tos los lazos , que debian unir à
 ,, los hombres. Los que hemos
 ,, contrahido este vicio , debemos
 ,, hacer todos los esfuerzos possi-
 ,, bles para vencerlo ; pero sin caer
 ,, en el vicio opuesto. No hagamos
 ,, lo que Belisá , á quien todos co-
 ,, nocen , que despues de haver te-
 ,, nido una juventud escandalosa , re-
 ,, tirada al presente , y dada á la vir-
 ,, tud,

6, tuu, ha contrahido nuevos vicios,
 „ y exercita la maledicencia contra
 „ la maledicencia misma. Estas son
 „ cosas, que todos sabemos. Vms.
 „ la han oido murmurar la conduc-
 „ ta de Clelia. Es verdad que ha
 „ tenido mil razones: nadie ignora
 „ sus escandalos; pero no por esto
 „ es justo sacarlos á luz. Si se hu-
 „ viesse de decir lo que se sabe de
 „ una, y otra, quizá no havria quien
 „ quisiesse oirlo, ni creerlo; y si
 „ otro, que tuviesse menos caridad
 „ que yo, lo supiesse, bastaria para
 „ que ambas viviesen desacredita-
 „ das el resto de sus dias. Pero de-
 „ jemos esto. Semejantes memo-
 „ rias son odiosas. Nosotros no de-
 „ bemos juzgar el interior de nues-
 „ tros hermanos, y solo nos toca
 „ dirigir á Dios votos fervorosos
 „ por la enmienda de los infelices
 „ pecadores.

To-

Todo esto no es mas que un ligero bosquejo de los maldicientes, de que nos vemos rodeados en todo lugar, y à toda hora. Quizá no hay vicio, que estè tan propagado, ni de que se tengan idéas menos justas. La pasion vergonzosa de maldecir, que debia por su naturaleza cubrirnos de rubor, ha llegado á ennoblecerse. En la Corte, en la Villa, los Estrados, y los Conventos ha logrado tener entrada franca, y hacer un papel distinguido, sin el qual parece que no se halla, ni puede vivir el mayor numero de las gentes.

Casi todos los pesares, y los disgustos de la vida nos vienen de la maledicencia; y sin embargo apenas se encuentra algun hombre, que no estè tocado de este vicio. Todos generalmente parece que tenemos una especie de aborrecimiento

to

ro al Género Humano , y un cierto deseo de adquirir estimacion , de passar por habiles à su costa ; y de parecer instruidos de los secretos agenos para complacer à los que tienen el infeliz habito de maldecir.

Ni la bajeza de este vicio , ni el perjuicio de sus consequencias , ni las declamaciones de los Oradores Sagrados , ni finalmente las sólidas razones , y autoridades , dirigidas à combatir este vicio , han podido contener el torrente. ¿ Podrè yo lisonjearme de sacar algun fruto ? No por cierto. Sin embargo , allà và mi dictamen , y tome-se como se quiera. Yo digo , que toda persona , que cometa el feo delito de maldecir , es sospechosa en su educacion , en todas sus demás costumbres , y en su sangre. Cometer la mas fea de las vilezas , hiriendo alevosamente al proximo,

mo,

mo , que , ò no se acuerda de nosotros , ò quizá en el instante està procurando cubrir nuestros defectos , y ser de buena extraccion , y tener sentimientos de honor , y ser digno de la humanidad , son cosas , que esencialmente se contradicen. En una palabra , ser maldiciente , y ser vil , y despreciable son analogos. Quien dice lo uno , dice lo otro ; y es imposible formar concepto de que es hombre de bien el que hace gala de faltar al primer precepto de su Religion.

Demonos à partido. De hablar bien , de ser honradores , podemos tener una justa complacencia. ¿ La maledicencia puede dejarnos otra cosa , que remordimientos , y amarguras ? Vámos al caso. El vicio està envejecido , y arraygado ; pero tomemos un medio. Con una friolería se puede hacer un gran beneficio

cio à la humanidad. ¿Empieza alguno à plantificar la bateria de la maledicencia? Salganle Vms. al instante al encuentro : digante , que este diante de Pensador , que se ha apropiado unas facultades , que nadie le ha concedido , no quiere que se murmure. Que le daran parte, y que pobre del que tome por su cuenta. Ridiculicenme Vms. en hora buena : digan perrerias de la ofensadía de mis Pensamientos. No importa. Como se divierta la conversacion , y se liberte por este camino la fama, ò el credito , que se iba à despedazar , me doy por contento. Tomen Vms. mi consejo, y crean , que puede producir mejores efectos de los que discurren.

No se me olvide. He encargado à varios amigos Visitadores me avisen luego que alguna Señora haya tomado la generosa res-

fo-

solucion de desterrar de su entrada la maledicencia, y dado principio à este utilissimo Proyecto. Pienso hacer notorio al Público su merito, y darla, si no los elogios, de que serà digna, los que pueda; y à mas de esto, la dedicarè un Soneto, que estoy trabajando. Por Dios que no me quede con el trabajo hecho.